



REVIEWS

MARTÍNEZ PINZÓN, FELIPE. *Una cultura de invernadero: trópico y civilización en Colombia (1808–1928)*. Madrid: Iberoamericana, 2016. 209 pp.

Una cultura de invernadero es una valiosa contribución a los estudios del largo siglo XIX latinoamericano. Su rigor, excelente documentación y fluida escritura le auguran un lugar en el canon de estudios acerca de Colombia. La elucidación que Malcolm Deas, Erna von der Walde o José María Rodríguez García alcanzaron sobre el problema del vínculo entre gramática y poder en el país, Martínez Pinzón la alcanza sobre el vínculo entre discurso climático y poder. Su obra presenta una rica casuística de lo que denomina “mirada invernacular”, un concepto que implícitamente se desprende de la “mirada colonizadora” (*imperial eyes*) de Mary Louise Pratt. Esta, influenciada a su vez por la noción de orientalismo de Said, se ocupaba de cómo la literatura de viajes de la tardía colonia (Humboldt), y la producción gráfica asociada a ella, promulgaban el eurocentrismo y renegociaban la relación entre metrópolis y periferia. Aquí, Martínez Pinzón se ocupa de cómo diversas fuentes (literarias, científicas y autobiográficas), entendidas bajo el paradigma de los estudios culturales, destropicalizan el trópico, negando su realidad climática y buscando imponer una realidad distinta, afín nuevamente a Europa. La figura del invernadero, ora invocada literalmente por las fuentes consultadas, ora imagen heurística, le permite al autor mostrar cómo un rasgo importante del proyecto civilizador criollo consistió en separar la naturaleza de la cultura para abrir paso no solo a modelos culturales europeizantes, sino a sus correlatos agropecuarios y paisajísticos.

Dentro de los exponentes de la mirada invernacular encontramos diversas figuras, en torno de cada una de las cuales se organizan los capítulos del libro —cada uno publicado previamente como artículo—. Así, se encuentran el científico Francisco José de Caldas, el letrado José María Samper (esposo de Soledad Acosta), el poeta José Asunción Silva, el general Rafael Reyes, el escritor José Eustasio Rivera y, a manera de colofón, el político conservador Laureano Gómez. Mientras que Rivera y Silva, autores emblemáticos de la tradición literaria nacional, presentan una visión crítica frente a las fantasías de dominación climática de sus contemporáneos, los demás adolecerían acriticamente de una suerte de ingenuo o malintencionado negacionismo. Variaciones de la frase “como si ignorasen que el altiplano también se encuentra en el trópico” abundan a lo largo del libro. Ello podría causar extrañeza a lectores poco familiarizados en los usos y costumbres del país, donde expresiones más o menos despectivas como “tierra caliente” o “calentano” son frecuentes, incluso en el siglo XXI. Lo verdaderamente interesante del panorama que ofrece Martínez Pinzón radica en su análisis de los conflictos regionales colombianos dentro de un entramado complejo de proyecciones coloniales: “andinizando la selva en Caldas es europeizar el trópico” (47). El anecdótico desdén de la capital por sus provincias adquiere, de este modo, el carácter de prisma para pensar la nación, su lugar en el mundo y sus teleologías de progreso.

El hilo argumental más persuasivo del libro es su comprensión del cosmopolitismo colombiano como antitropicalismo. Desde el presente, a Martínez Pinzón le sorprende que civilización y clima tórrido se hubieran erigido en el pasado como opuestos dialécticos. Su punto de partida es que dicha oposición fue una maniobra ideológica de las élites para ejercer su soberanía. El estudio hace mención somera de las enfermedades tropicales que impedían la expansión de la frontera agrícola, pero no concede asidero legítimo a fenómenos como la representación reduccionista del ecosistema tropical en tanto mero lugar de tránsito (Samper) o a la caracterización, presuntamente amañada, de la Amazonía como obstáculo para el progreso (Reyes). Para Martínez Pinzón tales manifestaciones serían evidencia de prejuicios de clase: antes sesgos de la mirada que cosas vistas. Con razón, el autor sospecha de sus fuentes, unas veces más que otras, en especial cuando en nombre de un espíritu cosmopolita, que celebra la integración de la reciente república al concierto de las naciones, suprimen la periferia, valga el oxímoron, a nivel local. Esa dinámica —propone Martínez Pinzón— es una fuerza generadora de conflictos en la ya de por sí belicosa historia de Colombia. Este último punto le permite al autor inscribir sus esfuerzos, en la introducción y las conclusiones del volumen, dentro de una narrativa que ansía contribuir a la paz del país a través de la producción de conocimiento crítico.

Una de las grandes fortalezas del volumen es su manera de tomar una viñeta o pasaje menores dentro de una obra y partir de ellos para revelar una problemática

mayor. En el caso de Samper, se trata de su conspicuo ignorar el boga, sin el cual su desplazamiento en champán por el río Magdalena, camino a Europa, no sería posible (60). Casi como un descuido, el intelectual liberal da cuenta de los “gritos salvajes” de los bogas, mas no de sus cuerpos o del trabajo que hará posible —como nota astutamente Martínez Pinzón— que el capitalino llegue a visitar el Crystal Palace de Londres. En aquel célebre invernáculo, Samper, deleitado y enaltecido, encontrará “un espacio de tierra caliente habitado por blancos donde el ocio es posible porque no se hace necesario disciplinar a esos otros que garantizan el viaje: bogas negros” (85). Otra viñeta que Martínez Pinzón desarrolla hábilmente es el episodio en el que el archimillonario José Fernández, protagonista de *De sobremesa* de José Asunción Silva, tiene encuentros románticos en su invernáculo móvil, que recrea el trópico en París. El estudio revela cómo esa inverosímil premisa “hace del haz envés, convierte la carente abundancia del trópico —tal cual visto por Caldas, Samper y sus epígonos, por ejemplo— en una abundancia lujosa que . . . se muestra carente de toda moralidad, provecho económico o utilidad comercial” (107).

Como queda claro, *Una cultura de invernadero* es un excelente trabajo que se ocupa de variadas mutaciones del exotismo dentro y fuera de la ficción. Si hubiera algún reparo por señalar, desde el punto de vista metodológico, es justamente el lugar incómodo que ocupa entre la crítica literaria y los estudios culturales, entre otros campos. Por una parte, ello le garantiza una enriquecedora interdisciplinariedad; por otra, redundante en momentos donde una mayor especificidad sería oportuna. Algunos ejemplos: el capítulo de Caldas debe tanto a la historiografía de la ciencia desarrollada por Mauricio Nieto y otros que su aporte original se diluye, como no sea el de importar aquella problemática a los estudios literarios; el análisis de Silva como representante crítico de un discurso orientalista lleva a ignorar la puesta en abismo de donde proviene un pasaje en cuestión (110); el análisis de las fascinantes imágenes que acompañan el volumen (mapas, litografías y grabados) es breve y podría adoptar principios de historia del arte. Hasta cierto punto, tal es el costo a pagar de cualquier proyecto interdisciplinario; en el volumen reseñado, ello también involucra una reflexión por completar sobre el régimen de comparabilidad de las fuentes consultadas.

Se presenta, además, un aplanamiento estratégico, pero sobre todo desigual, de la complejidad ideológica de las obras estudiadas. Laureano Gómez se describe como “contradictorio” (174), por más que el arco reaccionario de su pensamiento sea sobradamente conocido, mientras que Caldas, quien no por nada lleva el epíteto de “El Sabio”, se presenta unilateralmente como el fundador del antitropicalismo colombiano moderno, en desmedro de su labor, igualmente fundacional, como inspirador científico de la república. Recorre al estudio una vena brechtiana, mas inconstante, que ya radicaliza a los tibios, ya amansa a los bravos. El proyecto

civilizadorio criollo, como lo entiende el pensamiento decolonial (que no se cita), es villano indiscutido. La cultura criolla se identifica con ese proyecto, las más de las veces, sin fisuras. Reiteradamente se critica a las élites capitalinas, dibujando un país de Bogotá y resto del mundo, pero no se considera con atención la peculiar situación de las élites regionales, como por ejemplo la cartagenera, representada por el presidente Rafael Núñez (87–96). No hay cabida para un proyecto civilizador liberal y otro conservador, pues ambos estarían cobijados bajo una teleología capitalista, aunque el otro del capitalismo no se haga explícito.

Más que críticas, estas últimas observaciones permiten apreciar el lugar que ocupa la aproximación de Martínez Pinzón, bien definida, dentro del campo. Algunos de los caminos que deja entrever son: correlacionar su análisis de discurso con trabajos de historia ambiental; encontrar formas de ahondar en la especificidad de lo literario sin sacrificar la dimensión ecológica; retomar los guiños a la eco-crítica o el nuevo materialismo; desarrollar la cuestión de la relación entre capitalismo y discurso civilizadorio en Colombia; ampliar el corpus a otros países latinoamericanos; plantear no solo lo que la teoría le aporta al país, sino lo que el país le aporta a la teoría. El balance final que propone el libro es “[tropicalizar] el trópico, para no ver al territorio como enemigo de la nación sino como una parte constitutiva de ella” (176). Con los mismos términos, cabe preguntar: ¿no habría más bien que desnacionalizar el territorio, y con ello, al trópico y sus moradores?

HÉCTOR HOYOS
Stanford University

GARIBOTTO, VERÓNICA. *Crisis y reemergencia: el siglo XIX en la ficción contemporánea de Argentina, Chile, y Uruguay (1980–2001)*. West Lafayette, IN: Purdue UP, 2015. ix + 228 pp.

Why does the nineteenth century continue to figure in Southern Cone culture of the late twentieth century? Why does it re-emerge in contemporary literature and culture with an iconicity that foregrounds the stereotypes of the area—gauchos, soldiers, British travelers, military heroes, captive women, and bellicose Indians? Why, in different moments of crisis since the 1990s—postdictatorship, democratization, postdemocratization—have the tropes of these foundational fictions appeared again and again? In her insightful and intelligent book, *Crisis y reemergencia*, Verónica Garibotto does not just ask *why*, but also *how*. How are the discursive tropes of the nineteenth century reanimated in contemporary culture, and what form do they take? These questions matter because, in seeking to answer

Copyright of Hispanic Review is the property of University of Pennsylvania Press and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.